

# BALTASAR LOBO

## UN COMPÁS EN EL OJO

EL ESCULTOR RECREA UN UNIVERSO DE REDONDECES Y DISIMETRÍAS, DE ESQUEMATISMOS Y TORSIONES DEFORMADORAS; NO SE ENTRETIEENE EN LOS ACCIDENTES DE LA CARNE, PERO TAMPOCO FRANQUEA LA PUERTA DE LA ABSTRACCIÓN. VALLADOLID HERMANA EN UNA EXPOSICIÓN SUS PIEZAS CON LAS DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

MARÍA BOLAÑOS\*



Vendedora de pescado, 1942-43, yeso, 36 x 30 x 11 cm (fotografía: Jorge Martín Muñoz).

\* Directora del Museo Nacional de Escultura, Valladolid.

**A PESAR DE** haber sido distinguido internacionalmente como un gran escultor del siglo XX, Baltasar Lobo (1910-93) ha sido, y sigue siendo, un artista ausente de nuestra historia del arte y un desconocido para sus compatriotas. Un olvido que se debe, como en tantos casos, al exilio que emprendió en 1939, cuando atravesó la frontera para instalarse en París, ciudad en la que maduró como escultor y que nunca abandonó.

Había nacido en un pequeño pueblo zamorano, en un modestísimo medio rural cuya austera gravedad influiría poderosamente en su sensibilidad. Llevado por un decidido propósito de ser escultor y tras trabajar como aprendiz en el taller de un imaginero vallisoleitano, se instala en Madrid en 1927. Hace un breve paso por la Academia de Bellas Artes de San Fernando –un auténtico “cementerio”–, pero pronto se despierta en él una ávida curiosidad ante el bullente clima cultural madrileño. Descubre a Picasso y a la vanguardia internacional, se interesa por el cine soviético, lee a Baroja y visita exposiciones y museos –el Arqueológico Nacional, sobre todo, donde quedó fascinado por el primitivismo de la escultura ibérica–. En 1932 conoce a Mercedes Comaposada, una barcelonesa de ideas avanzadas, con la que compartió su vida, sus ideas políticas y la pasión por el arte. Con ella, en 1936, se traslada a Barcelona, donde pasan toda la guerra.

#### “MILICIANO DE LA CULTURA”

En un medio cada vez más politizado, Lobo, simpatizante del anarquismo, se enrola como “miliciano de la cultura”, un servicio destinado a enseñar a leer y escribir a los combatientes. Desde 1938, colabora en revistas libertarias con ilustraciones que se mueven entre el realismo social y las libertades plásticas preconizadas por las primeras vanguardias. El balance de esos años de guerra y derrota social será trágicamente imborrable, y, en lo artístico, la lección aprendida en el *Guernica* de Picasso, que circulaba por el frente, cumplirá un papel trascendental en su modo de entender el arte.

Aunque los inicios parisinos no fueron fáciles –enseguida se produce la

**Cabeza de gitana,**  
1957, yeso,  
20 x 13 x 11 cm  
(fotografía:  
Estudio Mynt).  
Todas las piezas  
de Baltasar Lobo,  
Ayuntamiento  
de Zamora.



**Maternidad,**  
1946, yeso,  
23 x 22 x 13 cm  
(fotografía: Estudio  
Mynt).



**Sala de la Casa del Sol,** en primer término, *El Sena* del escultor zamorano, 1975, bronce, 40 x 98 x 20 cm, junto a la *Venus de Vienne*, 111 x 70 x 50 cm, y *Gladiador Borghese*, 132 x 93 x 174 cm (vaciados en yeso, Arrondelle, 1889 y 1883); al fondo, otra pieza de Baltasar Lobo: *Balconcesto*, 1988, yeso, 94 x 34 x 32 cm (foto: Museo Nacional de Escultura).



ocupación alemana–, se sumerge con entusiasmo en el universo artístico de Montparnasse, frecuente exposiciones y museos, tutelado, por así decir, por Picasso, que le introduce en su círculo y le presenta a Henri Laurens, el gran escultor del cubismo, que comprende el talento del joven español, le ense-

lecciones. A partir de entonces, y como les sucedió a tantos escultores contemporáneos suyos –Brancusi, Giacometti, Moore–, desarrolló una obra obsesiva, sin rupturas llamativas ni cambios insospechados. Su vida fue marcadamente silenciosa. Vivió siempre en la misma casa, llevó siempre la misma

ra, depositario del legado que Lobo realizó a su ciudad. Lo constituyen piezas que se hallaban en su taller –modelos y escayolas, mármoles apenas esbozados, fragmentos inconclusos, piedras sin desbastar, mármoles y bronce ya terminados–, que pueden ser consideradas obras con un valor en sí mismas, porque nos permiten acceder a los secretos del trabajo creativo y comprender y conocer la obra con mayor fiabilidad, como si pudiésemos ver pensar al artista. Eso, sin olvidar el valor poético del *non finito*, que para muchos amantes

#### EN PARÍS, PICASSO LE PRESENTA A HENRI LAURENS, EL GRAN ESCULTOR DEL CUBISMO, QUE COMPRENDE EL TALENTO DEL JOVEN ESPAÑOL, LE ENSEÑA LOS SECRETOS DEL OFICIO Y LE AYUDA EN SUS PRIMEROS PASOS

ña los secretos del oficio y le ayuda en sus primeros pasos. Es en estos oscuros años de la ocupación alemana cuando se gesta lo esencial de su universo plástico y se gana una pequeña y clandestina reputación, bajo el clima formal de la llamada escuela de París: las formas ovoides de Brancusi, el organicismo de Arp, los arabescos de Matisse despiertan en él un mundo fascinante lleno de

gabardina, quiso siempre a la misma mujer y, en el fondo, esculpió siempre el mismo desnudo.

Esta exposición presenta la singularidad de hermanar con las esculturas de la Antigüedad clásica –que el Museo Nacional de Escultura exhibe en su sede de la Casa del Sol– un conjunto de obras del artista, cedidas en préstamo generosamente por el Ayuntamiento de Zamo-

del arte da a este tipo de esculturas un encanto superior al de la obra acabada.

Se trata de un encuentro que atraviesa milenios, en el que los sensuales “bultos” de Lobo se codean con sus antepasadas milenarias –la Venus Médici, el Torso del Belvedere, las figuras del Partenón, Ariadna, centauros, faunos y ninfas–, poniendo de relieve la irrenunciable “palpitación clásica” que sub- →

yace en su obra. Porque, aunque las realizó bajo una vocación decididamente innovadora, tienen de “clásicas” el espíritu de serenidad y reserva, el gusto por ordenar las formas en ritmos amplios y cadencias sosegadas; su búsqueda de la belleza en la masa sólida, su huida de lo superfluo y de las estridencias y, sobre todo, su talento para hacer ver de inmediato lo esencial.

### DE ENTRE TODAS LAS DEIDADES CLÁSICAS, LOBO SIEMPRE SINTIÓ SIMPATÍA POR LAS DIVINIDADES ANIMALES, POR LAS UNIONES CARNALES ENTRE BESTIAS Y DIOSAS O POR LOS HOMBRES CUADRÚPEDOS Y LAS DIOSAS-CISNE

“Siempre he admirado la inteligencia y la pasión que se adivinan en la escultura griega”. Esta fase suya delata su secreto interés por los mitos helénicos, en los que trató de descubrir sus aspectos más marginales e insólitos. Esta simpatía por la estatuaria mediterránea estaba en el ambiente de la época y forma parte del espíritu heterodoxo con que los escultores de mediados del siglo XX afrontaron su ruptura con la tradición. Ruptura porque, sin perder de vista la inspiración antigua, nuestro autor, mediante un salto en el vacío, prescinde

de las proporciones naturales, olvida la anatomía y sintetiza el rostro, de modo que los ojos, la nariz o la boca no imitan rasgos reales, sino que los designan como un ideograma, según un sistema de signos sucintos: el rostro plano, el ojo cilíndrico, la breve hendidura de la boca, el tronco rectangular de la nariz. En la adopción de estos recursos, Lobo demuestra poseer, al igual que sus con-

temporáneos, un ojo primitivo y una mente moderna.

#### LENA Y SELENE, LA DIOSA LUNA

De entre todas las deidades clásicas, Lobo siempre manifestó su simpatía por las divinidades animalescas, por las uniones carnales entre bestias y diosas, por los hombres cuadrúpedos y las diosas-cisne. Frente a Apolo o Afrodita, él preferirá siempre a la faunesa, a Leda o a Selene, la diosa luna, o a esos monstruos enamorados, como el minotauro o el centauro, derrotados pero indomables.

Para él no son perversiones del canon, sino seres humanos que recuperan su vitalidad animal perdida, y por los que no oculta su simpatía compasiva. Esta predilección no es extraña al origen de Lobo, nacido en el seno de una sociedad agrícola arcaica, en la que las acciones cotidianas o la vida sensorial están entrelazadas con los ritos de la vegetación, con la solidaridad con la tierra, como revela este comentario a un amigo a quien invita a viajar a Tierra de Campos: “Allí, en otoño, con suerte, se pueden ver centauros desbocados de alegría en el horizonte”.

Lobo encontró su lenguaje personal inspirándose en las formas elementales de la naturaleza, en una escultura cargada de vida orgánica, maneras blandas, líneas ovulares y dulcemente orondas. Pertenece, pues, a esa mitad de artistas que, a mediados del siglo XX, consideraba, como dijo Michel Seuphor, que “el mundo es redondo”, frente a los partidarios de las formas angulares, la geometría y los perfiles rectos. Su objeto predilecto será el cuerpo humano, plasmado en su “plenitud”, es decir, como un bloque henchido, como una masa unitaria y pletórica. Recrea, así, un universo de

redondeces y disimetrías, de esquematismos y torsiones deformadoras. No se entretiene en los accidentes de la carne, pero tampoco franquea la puerta de la abstracción. A veces somete su estilo a una extrema reducción y da vida a cuerpos primarios y ovulares, como si fuesen un núcleo que crece, al estilo de los átomos del filósofo Demócrito, una lectura que le causa admiración: “Nunca había entendido como ahora lo que es un átomo”.

#### EL MÉTODO DE LA TALLA DIRECTA

Pero el lenguaje innovador de Lobo no se limita solo a una elección formal. También marca su obra con la impronta de una decisión técnica, de consecuencias decisivas. Al igual que algunos

escultores venían haciendo desde comienzos del siglo, como Brancusi, Modigliani o Derain, recupera una técnica olvidada, la talla directa, un método que había sido olvidado casi desde la época del Renacimiento y que se había convertido en una de las banderas de la vanguardia. El método consiste en desbastar la piedra e ir eliminando materia hasta obtener la forma final, lo que requiere cautela, fuerza física y delicadeza extrema. Lobo la adoptó con entusiasmo. Visitaba las canteras, Carrara o Novelda, para elegir los bloques. Trabajaba con lentitud y con precisión, pues poseía esa cualidad de “tener un compás en el ojo”, hasta conseguir una piel palpante. Un amigo describió así su trabajo: “Desbasta,

araña, afina; pule el mármol francés, gris y duro, o el del Pentélico, blanco y dócil; repasa la articulación de los planos mediante la curva de un contorno; lima, adelgaza un volumen hasta que no queda más que un leve abultamiento; o se entretiene en transmitir, en una línea, la pulsación de la sangre”. Y la misma atención material concedía a sus metales. Cuando, a partir de vaciados en yeso, trasladaba sus esculturas al bronce, seguía su fundición día a día, retocando el modelo en cera y cuidando el cincelado, decidiendo las pátinas, puliendo personalmente las piezas y vigilando que se realizasen los ocho ejemplares de que constaban siempre sus fundiciones. Cada uno de ellos lleva la huella de sus manos.

Lobo vivió toda su vida afincado en un tema predilecto: la mujer, el desnudo, la naturaleza de lo femenino. Diosas, pescadoras, bañistas, centauresas, madres que besuquean y arrullan, encarnaciones de la luna o de la coquetería urbana. “Bellas y exactas”, pero siempre elementales, fragmentarias. Su talento plástico se revela de una manera espléndida en los torsos, que explora en todos sus gestos y registros, en todos los materiales y posturas, especialmente entre 1965 y 1980. Para él, el torso no es una anatomía inacabada, sino una abreviatura que encierra la esencia de la humanidad. Siempre sensuales e interesantes, estos troncos femeninos se presentan bajo todas las variantes imaginables: mujeres-tallo, mujeres-luna; torsos que flamean al viento como la vela de un barco, o que, por el contrario, son orondos y pesadamente estáticos, o fluyentes como un río, de modo que su perfil anatómico se confunde con la ondulación de las aguas del Sena. Otros, ya casi abstractos, forman un triángulo reducido a una ondulada carnación elemental. Algunos resultan impetuosos, casi ingravidos, mientras que otros, carnosos y fecundos, se sientan, perezosos, en la playa, o, fatigados, se han quedado en un rincón. ■

#### DATOS ÚTILES

**Baltasar Lobo. Un moderno entre los antiguos**

Museo Nacional de Escultura, Valladolid

Hasta el 28 de octubre

[www.mecd.gob.es/mnescultura](http://www.mecd.gob.es/mnescultura)



Mujer sentada en un poyo, 1952, yeso, 33 x 12 x 14,5 cm (fotografía: Estudio Mynt).



Las piezas del artista zamorano dialogan con las de la Antigüedad clásica: **Ariadna abandonada**, vaciado en yeso, Arrondelle, 1889, junto a **En la playa**, 1954, bronce, 31 x 62 x 22 cm (foto: Museo Nacional de Escultura).